

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE LORCA 2026

REGRESO A LA LUZ

PEPE PÉREZ-MUELAS ALCÁZAR

López
Gimeno
26

Pregón de la Semana Santa de Lorca

Viernes 13 de marzo de 2026

Regreso a la luz

Pepe Pérez-Muelas

El origen es una vela encendida.

Un niño a punto de descubrir el mundo en una cruz vacía sobre raso azul.

Madre, te visten ya para ver morir a tu hijo.

¿Qué dice ese niño que sujeta la mano de su padre, mientras las venas consumen el oxígeno de la memoria? ¿Qué fue de las velas que iluminan el recuerdo de los muertos, en el antiguo Carrerón de San Francisco?

La seda, frontera entre la palabra y la vida. Fuego de ángeles que presencian el entierro de Cristo. Rostro lleno de dolor sobre un paño ensangrentado.

¿Qué hay de la vida más allá de la seda?

Surge la infancia en el corazón de una túnica, en los acordes de un himno ¿Por qué el incienso siempre nos devuelve el rostro de la niñez?

¿Por qué detrás de todas las esperas se esconde el amor? ¿Por qué es la vela que tarda más en apagarse? ¿Por qué la cruz y el sepulcro son siempre formas de acercarnos a una madre?

Por ahí va el Hombre sobre un paño blanco, en una procesión de Amargura.

¿Acaso tememos a la muerte cuando sale de Santo Domingo y sube al Calvario cada Viernes Santo? ¿Acaso morir no es una forma de nostalgia?

¿Desde cuándo la historia se detiene en el encuentro entre dos madres? ¿Es aquí donde nace la vida, Viernes Santo, Floridablanca, pies cansados, hombros doloridos, y dos hijos muertos que buscan a sus madres para volver al templo?

Palabra sobre silencio.

Para seguir viviendo, abrazamos la muerte.

Encendemos velas para hallar el camino de regreso a la luz.

Excelentísimo señor Alcalde de Lorca.

Señores Presidentes de las Cofradías de la Semana Santa.

Presidentas de la Asociación y Coro de Damas.

Reverendísimo señor D. Nicolás Poyato.

Inmaculada Jiménez, pregonera de la Semana Santa 2025.

Autoridades civiles y eclesiásticas.

Ciudadanos de Lorca.

Amigos. Familia. Hermanos.

*Dedico las palabras de este pregón a Lorca,
en la esperanza de apaciguar el dolor de esta distancia
que nunca me abandona desde que con diecisiete años
entendí que pensarte sería siempre regresar.*

*A esta vela encendida que todos los cofrades mantenemos viva,
de padres a hijos, de abuelos a nietos.*

*Abuelas, madres e hijas,
que habéis creado el mundo con vuestras manos sobre un bastidor,
también la seda de esta voz, los hilos de estas palabras.*

*A todos nosotros, portadores de una fe que solo se ilumina en Lorca,
y que con cada muerte, vuelve a arder.*

Un pueblo tomará origen de ti y saldrán reyes de tus entrañas

Génesis 35,11.

Al principio fue el verbo...
y el verbo se hizo seda.
Cada mujer que borda
crea de nuevo el mundo.
El paraíso nace
de unas manos que extienden
la memoria y los hilos de este pueblo.
Eva, madre, mujer.
Tuya es la vida,
por ti la seda.

Por ti la seda.
Azul de soledad cruzando el cielo,
blanca estirpe de madres
que entierran a sus hijos.
Tiempo y muerte en el mismo bastidor.
Tuya es la vida, Eva.

La historia tiene nombre de mujer,
venas de hilos, corazón de aguja.
En las primeras luces,
cuando la seda imita
el sepulcro vacío,
busca ahí a este pueblo.
Su cielo, su esperanza.

De la muerte a la seda,
de la seda a la vida.

Y la historia adoptó
la eternidad de un águila.
Quiso ser el mensaje de un final,
la noche oscura en Patmos
que anunció con sus alas
la cercanía del Apocalipsis.
Quiso ser, y no fue.
El primer nacimiento
siempre es una traición.
El águila cruzó por la ciudad
para imaginar Roma
sobre el agua del terciopelo verde.
La luz de nuestros días.
La vida reclamando
el lugar de las sedas.

Tuya es la vida, mujer.
Eva, primera luz entre hilos.
El águila contó
a los hombres su historia.
Fue tormenta y fue garra.
El susurro del tiempo.
Revolución y origen.
Júpiter, dios romano,
pero fruto del sol y de una huerta.

Lorca es un bastidor
de luz y profecías:
“Veréis a este águila
cabalgando en la grupa de un caballo.”

Eva, madre, mujer.
El verbo se hizo carne.
La carne se hizo seda
y habitó entre nosotros.

Sigue el eco de su voz. Mira su mano. Señala una verdad. La primera. Hay una cruz liberada de su peso, una paloma que sostiene con su pico una rosa. Le gusta el vuelo, los ángeles modernistas que ella imagina pintados en París al resguardo de alguna cúpula. ¿Dónde se ha ido Dios que no lo veo? Sobre sus ojos, en la parte superior del manto, se extienden los atributos de la Pasión. La sentencia de Pilatos. Los clavos aún humedecidos de sangre. La lanza. La esponja empapada en vinagre. Lo ha escuchado muchas veces. La muerte de Dios. ¿Cómo puede morir un Dios, se pregunta? Sí, lo ha escuchado muchas veces, pero nunca lo ha visto como ahora.

La muerte de Dios es un nacimiento. Se lo ha dicho el artista, que termina de perfilar las espinas de una corona que agrieta el rostro de Cristo. Para ella es solo un hombre. Acaricia con sus manos adolescentes los ojos, el

cabello, el arco de su boca, la rigidez de la nariz. Las gotas de sangre sobre sus mejillas. Nunca dejará de doler. Nunca dejaremos de sangrar por esta herida, dice él. Ella hilvana la aguja, selecciona el color, se concentra en el bastidor. Es un punto enloquecido. Apenas llevan unos meses y el manto debe de estar listo para la primavera. Es cuando se enciende la rueda del tiempo. El mundo, de tanto morir, nace de nuevo. La vida, piensa, se parece a esta imagen: una cruz liberada, unos ángeles que portan una verdad, la mayor de todas. Un rostro que da esperanza cuando todo se acaba. Es cielo y es azul.

A Francisco Cayuela le debo el conocimiento de la historia y de la Pasión, el rostro de Cristo en su subida al Calvario. La levedad de una muerte que otorga al ser humano la mínima esperanza de sobrevivir a la oscuridad. Tengo miedo, pero ese temor es luminoso cerca del *Manto Azul*, al costado de un raso que es una franja del paraíso.

Cayuela es el origen de este mundo tan particular que nace un Viernes de Dolores y se extingue el Domingo de Resurrección. En Lorca celebramos la muerte, exaltamos el sufrimiento de un Dios que vino al mundo para redimirnos. Y el día de su Resurrección, nos entristecemos porque el milagro se acaba. Y el milagro es la seda, que vuelve cada vez que una mujer se sienta al costado de un bastidor.

Lorca existe porque se borda. Lorca existe porque las mujeres hicieron de este oficio un arma contra la soledad. Bordar la vida para luchar contra el olvido. Hacer que la posteridad recuerde nuestros actos a través del rostro de los ángeles, de un madero sin carga, sin brazos que clavar. En el *Manto Azul* reside la fe de mis mayores, que adoptaron el camino de la seda como forma privilegiada de contar el mundo. El color antes que la voz. La luz sobre las tinieblas. La imagen para traducir el Evangelio.

Aquella generación de lorquinos que ideó el *Manto Azul* ha sucumbido al tiempo. En las sedas que pensó Cayuela se reúnen las esperanzas de todo un siglo. Y los miedos. Sí, el miedo también se puede bordar. Pero jamás podrá vencer a la promesa de unos ángeles que han sometido a la muerte.

Yo lo he visto. Han sometido a la muerte. Por eso la cruz ya no es llanto, sino alegría. Y la palabra enmudece cuando surgen las sedas en el bastidor de esta ciudad.

**Vestidos con ropas blancas y llevando palmas en sus manos,
iban camino de la infancia**

Apocalipsis 7, 9.

Vienen de un lado y otro.
Oigo sus pasos desde la distancia,
la lengua de las palmas bajo el sol.
Dicen: “Abuelo, ¿dónde está el recuerdo?”
Dicen: “Abuelo, cógeme la mano
que ya veo Jerusalén al fondo”
Dicen: “Abuelo, hoy cruzará Jesús
la Avenida de Lorca
señalando el camino
para alcanzar la infancia”.

La infancia es ese tiempo prometido,
donde los niños viven en las voces
de los mayores que no conocieron.
Visten túnicas. Cantan alabanzas
bajo ramas de olivo.
Canta el pueblo de Lorca
porque es la última vez
que Cristo sonreirá.
La sonrisa de un muerto.

En Domingo de Ramos
alejamos la muerte
de la mano del niño.

La infancia

Luego vendrá la duda,
los silencios amargos
en las alturas del Getsemaní.
Pero en este domingo Jesús ríe.
Hoy el niño acaricia
la mano de su abuelo.
Manos blancas de venas
sabías que el tiempo arruga
con paciencia y amor.

Y es eterno este domingo
que ya porta el aroma del recuerdo
en el bosque de palmas.
Hoy no existe la duda,
y la infancia resiste en el camino
que conduce del Óvalo a la Alberca.
Porque un niño acaricia
la mano de su abuelo,
la mañana en que Lorca
entra en Jerusalén.

Treinta personas. Un mesías entre ellos. ¿Cuántos acompañaron a Jesús en su entrada a Jerusalén? ¿Fueron más? Seguro que no. A Jesús lo seguían los pobres, los enfermos, los necesitados, los sedientos de espíritu. ¿Cómo hacer del camino a la ciudad dorada un simulacro de piedra? Ahí están esos treinta rostros oscurecidos. Es 1855 y llevan palmas en la mano. Sus túnicas de hebreos no se parecen en nada a los cuadros que cuelgan en el Prado. ¿Cómo se vestían los discípulos de Cristo? Como nosotros, dice uno de los treinta. Eran gente pegada a la tierra. Y esta tierra de Lorca está seca. Con miles de bocas que saciar.

A Jerusalén se entra por la calle Cava, la serpiente de la muralla árabe de la que queda tan solo un suspiro por el que cruza la Soledad cada Sábado de Gloria. Esos treinta pioneros caminan hacia el porche de San Antonio creyendo que es la Puerta de Damasco. Los niños suben los escalones y escuchan el ruido de los tambores que viene de lejos. Y el sueño se hace realidad. Ahí están los mercaderes antiguos recogiendo con expectación sus telas. Se agolpan en el Templo. Un hombre llega montado en un asno. Es el rey David, dice uno. Es el vecino, el hijo del comerciante de la Corredera, que tiene cara de discípulo y se ha dejado crecer la barba bíblica.

Lorca es Jerusalén desde 1855, desde que treinta hombres decidieron andar el camino de Jesús. Escogieron para esta infancia de nuestra Semana Santa una escena alegre, un momento de euforia. Jesús triunfará sin necesidad de muerte, parecen decir los que acompañan a Dios hacia las murallas. No habrá Pasión, ni llagas, ni llantos, ni sangre. Solo hombres felices y mujeres que

La infancia

lavan los pies. Solo treinta amigos que, desfilando por la calle Cava, estaban escribiendo nuestra historia. Día de palmas y olivos justo antes de que se rompa la letra en el instante supremo. El Domingo de Ramos es el único momento de la Pasión en el que el sueño parece cumplirse. Y no duele.

El pueblo hebreo como primer recuerdo de lo que somos.

Un abuelo y un hijo de la mano, por la Avenida.

Hacia Jerusalén.

Hacia el lugar donde la memoria empapa y siempre sale el sol.

La Semana Santa es una infancia. El lugar en el que viven para siempre nuestros muertos. El reducto de la memoria al que acudir cuando necesitamos una voz que no escuchamos desde hace años. Mis padres son jóvenes cada vez que se abren las puertas de San Francisco. Mis abuelos viven y se mueven con la lentitud de los animales prehistóricos. Me hablan frente al altar mayor, me describen el rostro de la Virgen, transitan el mismo suelo que pisaron sus ancestros, que son los míos. El suelo que pisamos es una semana de Pasión. El suelo que habitamos está compuesto de huellas ajenas con las que compartimos apellido.

Cuando el pueblo hebreo llena la Avenida de palmas caminan también los muertos. Cada uno lleva la imagen de esos dioses tutelares que los romanos

La infancia

llamaban manes. Iluminan el sendero de esa tarde escogida, ya noche, al torcer la curva del Óvalo. La túnica de hebreo es un hogar, un vestido que sirve de patria. La humildad de una tela que acaricia las palabras de los que ya no están. Algunos dirán que confunden Lorca con Jerusalén. Pero es algo mucho más sutil. Esa multitud camina en círculos. Su cita no es con la ciudad de Dios, sino con una esquina de su memoria. Toman la palma que dejaron los muertos. Es el hilo que une a las generaciones.

¡Comeréis carne de héroes y beberéis sangre de príncipes!

Ezequiel 39, 18.

Viven en la frontera.
Saben de las arenas babilónicas,
de las espaldas húmedas del Nilo.
Han conocido el esplendor de Nínive,
los cuerpos jóvenes de las sirvientas
que abanican las moscas y los sueños.
Traducen el desdén de un general
que con su espada abraza
la piel furtiva del Mediterráneo.
Construyen cruces para engrandecer
un imperio de mártires
y coronas de espinas.

Después, en la agonía de la noche,
desandan el camino de los templos,
desmontan sus caballos,
dejan sus cascos en las sacristías
y guardan la corona de laurel
en el verano de las hojas secas.
Retornan a la vida,
la vida sin historia,
y silencian la historia
hasta que en Lorca vuelva
el sol al calendario.

Así surge el pasado en la ciudad,
reunión de dioses tristes
que retoman el pulso en estas calles.
El fuego del imperio del ayer
quemando nuestros días.
Esos son nuestros héroes.

Habla. Habla del soldado abisinio que lleva la guerra en los ojos. Que llega exhausto a la fotografía pidiendo agua, paz, humanidad, y desconoce que aquel periodista italiano de *La Stampa* está a punto de convertirlo en historia, a él, que suplica desde la rendición dejar de ser parte de ella. Habla de los ojos tristes y del brillo de la seda. De cómo el soldado abisinio no sabe que en el futuro encarnará a un heraldo de Salomón. De cómo con su caballo negro porta regalos de amor para la reina de Saba. Habla de la gente, de cómo se estremece al verlo, de cómo enmudece ante él.

Habla. Habla de Nápoles. Habla de un museo, de un mosaico extendido, de una ciudad destruida por un volcán. Habla de Pompeya y de Alejandro, de su caballo Bucéfalo, de la lanza que casi atraviesa el pecho de Darío III, del polvo de la batalla, de la sangre resbalando en los escudos. Habla de cómo las telas se

van acoplando a la técnica de bordado, de cómo la seda va formando también mundo originales. Habla de Alejandría, del sueño de un peregrino que quiso ser el hijo de un dios. De la lengua griega susurrada en los desiertos. Habla de una biga y del cuarto Ptolomeo, en un bastidor junto a una lupa y una escuadra.

Habla. Habla Judith, la mujer que habló por todos y enmudeció a un reino. Habla de la noche en la que se escapó, cuando los guardias dormían entre jarras de vino. Habla del campamento enemigo. Habla del bostezo de Holofernes, de sus manos desnudando su cuerpo. Habla de su cuerpo blanco, de su hombro y su pelo suelto. Habla de su espada. Del filo del sueño. Del cuello de Holofernes desgarrado. Habla de su traje de huertana, de sus flores doradas estampadas en la historia. Habla del pasado y del presente unidos por una aguja. Habla de Judith, con su terciopelo morado. Mujer que salva a su pueblo. Mujer que da la vida con las manos llenas de sangre.

Contar historias, me dedico a eso. Escribo historias porque la Semana Santa de Lorca respira esa esencia narrativa. Mi cometido es narrar la vida y nadie la cuenta como los habitantes de esta ciudad.

En Lorca hemos convertido la necesidad de relatar en una forma de existencia. Aquí, los héroes viven. Aquí, la Biblia echa a andar y sale de sus versículos para catequizar al pueblo sediento de fábulas.

En Lorca el Nilo aún fluye por el templo de Philae, Babilonia se despereza en una siesta de incienso, Nerón afina su arpa y Constantino pinta una cruz verde en el pecho de su armadura. En Lorca, Santa Elena encuentra de nuevo una tumba vacía. Y la ciudad está a punto de caer en el cataclismo del Apocalipsis, mientras los dioses griegos y romanos cabalgan henchidos de nostalgia.

La historia sale de los libros para habitar estas calles. Del papel a la vida. Quijotes irrefrenables fueron nuestros mayores. Quijotes en un tiempo descreído somos nosotros. Mientras vivan los héroes, Lorca estará a salvo. Mientras Lorca quede en pie, los héroes tendrán su refugio, su segunda oportunidad sobre la tierra.

“Ahí tienes a tu madre”. Y desde aquella hora la acogió en su casa

Juan 19, 27.

Madre,

he aprendido a decir tu nombre,
a escuchar la memoria de tus pasos
en el recuerdo herido de una imagen.

Madre,

la infancia es una iglesia abierta,
la plaza soleada del Barroco,
el huerto donde crecen los naranjos,
el lugar donde el tiempo
no deja cicatrices.

Eso eres, un refugio
contra la soledad.
Escucho tus palabras:
a María le duele,
camino de la cruz,
el madero clavado
sobre la tarde agónica.
Yo buscaba respuestas.

Madre:

¿Por qué una madre
sobrevive a un hijo?
Primero una caricia,
el temblor de las velas.
Así me lo explicaste.

El amor

Un susurro antes de la oscuridad.
Ahí estaba el misterio de la vida.
María siempre es joven.
Su dolor nace en cada amanecer.
Jesus cierra los ojos
justo antes de la lanza de la noche.

Y Ella sigue en su trono,
más allá de las velas,
más allá de los años.
Y contemplo la imagen
que siempre me acompaña.
María busca a su hijo,
y es joven y eres tú,
nacida entre naranjos.

Madre,
 he aprendido a decir tu nombre,
a buscarte en el rostro de María,
para reconocer
la verdadera imagen del amor.

El amor

El amor es una vela encendida. Una noche de marzo que ya presiente la muerte, pero que aún alberga la esperanza de la vida. La oscuridad se ha apoderado de San Francisco. Soy un niño que coge la mano de su padre mientras juega a quemar la cera. Las sombras se proyectan en el mármol. ¿Papá, cuántos hombres han encendido este cirio y desde cuándo?

El ser humano descubrió el fuego en esta noche de Salve. No para salir de las tinieblas, sino para resistir al olvido, para alimentar la memoria. La llama es un mensaje, es un poema de amor. Es una madre que espera la llegada de su hijo, que entierra el dolor y anhela la resurrección. ¿Padre, nosotros también nos vamos a morir?

Esta noche no. Esta noche no existe la muerte y la Virgen nos mira. Nos contemplan muchos ojos, me dices. Los que ya no están. Los que fundieron por primera vez estas velas y se quemaron las manos intentando detener el tiempo. Los que anunciaron que a la muerte se la vence a través del amor. Eso me dices, padre, para que me sosiegue, porque tengo miedo a la oscuridad y el fuego proyecta la sombra de los que se marcharon.

Entonces los hombres se ponen a cantar. Las generaciones transcurren a la luz de esta vela. Los muertos viven en el fuego y tú un día serás una ausencia que despierte en esta noche de Salve, me dices. Es el día del encuentro. El día que vencemos a la muerte. Y nos mueve el amor, me dices. El amor a una madre.

El amor

El amor a una madre es todos los amores reunidos. El amor a una madre es la última palabra en los labios. El amor a una madre nace con la primera luz del día y se agranda cuando los párpados están cansados de mirar. En el amor a una madre siempre es de noche y siempre hay velas ardiendo. Y siempre hay hombres que recuerdan.

Lo entiendo, papá. La primera imagen de la memoria siempre es una madre.

El fuego de esta vela de sábado de Salve. Que arde. Que perdura.

Lorca es una ciudad con dos madres. La Virgen de los Dolores presiente la Pasión de Cristo y la Virgen de la Amargura detiene su rostro en el momento más cruel del Calvario. En ambas imágenes reside la tragedia de la historia, la trascendencia de las criaturas que se acercan para acompañarla en el dolor. Sus hijos salimos a las calles para reclamar su compasión. Ese es el sentido de nuestra Semana Santa.

A esa soledad humana nos queremos acercar nosotros. Aspiramos a escuchar el dulce nombre, a sostener el manto que cubre su cuerpo de todas las tempestades, a limpiar las lágrimas que arrasan su rostro.

María enseña a amar por encima de la vida. Su sufrimiento es un espejo. Su imagen, un consuelo. Lorca existe porque María lloró a los pies de la cruz.

El amor

Después vinieron Roma, Egipto y Babilonia. Después el bordado extendió los hilos hasta formar un cielo tras su silueta. Pasan los carros, los caballos, los personajes que detienen su lento caminar y recorren las calles de Lorca durante una semana. Pero son las advocaciones de Dolores y Amargura quienes dotan de sentido a la ciudad, quienes desplazan los silencios y llenan de palabras las calles. Lorca dice: primero la muerte, pero el final tiene el nombre de María.

Es la forma que encontramos de sublimar la belleza.

Una madre acompaña el cuerpo de su hijo.

Mujer, con el miedo de buscar a un niño perdido en el templo y hallarlo en una cruz.

¿Quién no daría su días para ayudarla a buscar la vida entre la muerte?

Sé que me devuelves a la muerte, el lugar donde se citan los vivos

Job 30, 23.

Una niña se muere
y a la Virgen le están
poniendo el manto azul.

Por vencer a la muerte
la seda adopta los gestos de la vida.
El ángel quiere ser último aliento,
llenar la cruz de flores,
despertar en la infancia,
alejarse para siempre
los clavos y las sombras.

Y todos los colores
retornan al origen.
Y se oye una ambulancia
por la calle Nogalte.
Y no llega. No llega.
Se pierde por Pérez-Casas
y las mujeres rezan en silencio
y encienden velas junto a nuestra Virgen.
Y no llega. No llega.

Muere una niña en Lorca
y no sé qué es la muerte.
Madre, por qué se tiene que morir

esta niña de primavera rota
si ya se ha muerto Cristo por nosotros.
Que no se mueran más niñas en Lorca.
Que el manto azul proteja
este recuerdo que se desvanece.

Una niña se muere
y la ambulancia deja de sonar.
Las sedas iluminan el reflejo
de la vida que vence a la muerte.
La niña es la memoria del misterio,
cruz vacía de noches,
sudario que será pronto ceniza.
Es la esperanza, cada Viernes Santo,
cuando todo se acaba
y la oscuridad llega a San Francisco.
Es la esperanza de una única luz,
cuando las velas se consumen
y un padre anhela verte
después de este silencio.

Borda la Parca. Lleva siglos bordando. Borda y escribe una vida que se va, cada Viernes Santo. Corta los hilos, alarga una escena, dota de color un rostro, apaga el tacto de unas manos.

Siete personas llevan el cuerpo de Cristo sobre una mortaja. Su destino es la tierra, el mundo de las raíces y la oscuridad. Siete personas que se tapan el rostro porque no aguantan la tristeza. Amargura, dice cada uno de ellos. Amargura es una madre que entierra a su hijo.

El brazo del hijo cae fuera del sudario. Quiere escapar de la muerte, aferrándose a la vida. Desde el origen está presente el entierro. Somos un futuro predicho. Un hilo de seda transitorio que se asoma al precipicio de una tumba vacía.

Eso queremos, tumbas vacías, nubes blancas ocultando el sepulcro. Queremos que Cristo se baje de la cruz y que la Parca borde sin tijeras un manto extenso, un manto eterno. Queremos enterrar a Cristo para no tener que enterrar a nuestros padres, para no sufrir el entierro de nuestros hijos. Borda la parca con hilos que antes han muerto y han resucitado. La Amargura ya ha bajado del Gólgota y se apresura a cubrir el cuerpo de su hijo con sábanas limpias, blancas. Cae la noche sobre Lorca. Se hace el silencio. El eterno silencio de los que esperan al otro lado. Aún no se ve la luz del día. Los muertos lo llenan todo con sus vidas.

Es un rostro sereno, que parece dormir, que no tiene a la muerte encima.

La imagen de mi infancia. Adorar a un hombre ausente. Fotografías en el salón, palabras que no terminan de formarse. ¿Quién es esa sombra? ¿Por qué se parece a nosotros? ¿Por qué tiene tus ojos, papá, por qué tiene mi boca? ¿Él también era azul y acudía cada Viernes de Dolores a San Francisco?

Y a los pies de cada respuesta, en la esquina de cada duda, el cuerpo que esculpió José Planes cuando la ciudad aún cerraba las heridas de la guerra. No hay grandeza, no hay movimiento, no hay bendición ni historia. No hay manos obrando un milagro. Ni siquiera espera. Tan solo un cuerpo descansando. La fragilidad de un Dios que durante un día deja de ser Dios y hombre para convertirse en nada. El Cristo muerto de los azules, que dulcifica las horas de espera. La anatomía que todos hemos visto en el espejo. La muerte convertida en cotidianidad.

Machado quería al Jesús que anduvo en la mar, pero no al que sufre clavado en el madero. El Cristo de mis días es el que descansa después del dolor, el que cierra los ojos y reposa las penas del mundo. El Cristo Yacente que baja la cuesta de San Francisco escoltado por lirios y el sonido hueco de los tambores. Salimos a enterrar a un Dios y llevamos la fragancia de un hombre bueno sobre los hombros. A la muerte se la mira desde abajo y tiene los ojos cerrados. Y no grita. Y no da miedo, porque es dulce, porque su rostro nos acompaña desde la infancia.

Un día seré un muerto y quiero tener la serenidad de su rostro, el color de su piel, la ceniza de la vida sobre su frente, la esperanza de sus labios. Un día seré un muerto y sabré guiarme por el olor de los lirios, por el ruido seco de los tambores. Y bajaré una cuesta hacia el albero. Y mi cuerpo descansará y mi rostro será fotografía para otras generaciones que pregunten por mi pelo, por mis labios, por mi frente. Y todos descansaremos en el mismo rostro. En la armonía de un Dios que durante unas horas no aspira a resucitar, sino simplemente a dormir como los hombres.

**Tu promesa es mi consuelo cuando sufro;
tu palabra me devuelve la vida**

Salmo 119, 50.

Ya se ha muerto la niña.
Lo sé por los silencios tras la agonía,
por el metal pesado de las lágrimas.
Se marchó el Viernes Santo
y la Virgen ha vuelto
a abrazar su dolor en el altar.
Esa vela que ardía
-última luz del sueño-
se apagó para siempre.

Ya se ha muerto la niña
y busco entre los humos de la iglesia
el eco de su llama,
una única vela
que lo ilumine todo,
altar y virgen, primavera y manto,
seda y silencio en el cristal del tiempo.

Quiero que vuelva abril,
que vistan a la Virgen
con la cruz liberada por los ángeles,
que la ambulancia llegue a su destino.
Que la muerte detenga su cortejo
para que recupere

la niña su estatura,
y los años se cumplan
en cada Viernes Santo
acompañando el lento caminar
de la Virgen al templo.

Hoy reclamo la infancia detenida,
el padre que, entre la multitud, busca
el rostro de la ausencia.
Porque la niña ha muerto
y vive para siempre
en un relámpago de fe tejida.
En el altar, la madre
abrazo el fuego de la cruz.
Con ella vuelve a arder
la noche sin sepulcros.
Y la memoria agita
los ecos de un mañana que consuela,
y el futuro nos mira
desde el ayer sin padecer dolor.

En la luz tenue de una recogida,
la hija encuentra a su padre.
El lugar donde viven los ausentes.
El puntual adiós
de cada Viernes Santo.

Ya vienen.

Han llegado de madrugada. Dicen que han rociado todas las iglesias de Murcia de gasolina. Que han prendido fuego hasta las últimas esquinas donde habita Dios. Están cruzando el río, con sus antorchas y las manos llenas de Cristos y Vírgenes muertas.

14 de agosto de 1936.

El cielo se ha cubierto de ceniza. Las plazas son noches sin estrellas. Solo se escucha el llanto de las mujeres, el grito de los sacristanes cuando les arrebatan de las manos los cuerpos de madera sobre los que los lorquinos llevan siglos arrodillándose. Y el fuego arde, y los niños, maravillados, salen de sus casas, pensando que las chispas que explotan en el cielo son fuegos artificiales. Pero es el oro de los altares, que se extingue, como el oxígeno por las venas de la ciudad. Los niños aplauden porque nunca han visto cohetes. Y no es pólvora, niños. Es la muerte de Dios.

Caminan por la Alberca en una procesión siniestra. Señalan con el dedo. Aquí, a por su virgen. Allí, a por su Cristo. En Santo Domingo se hace el silencio la primera vez que la Amargura toca el suelo. Basta un instante para romper siglos de fe, para mancillar las piedras de una devoción. A la imagen de Salzillo la arrastran por las calles. A una madre no se le hace esto, dicen, y los hombres se persignan como quien mira a los ojos al demonio.

Luego se dirigen a Santiago. A San Patricio. A Santa María. El Resucitado sobrevive, por el puño en alto, porque a un Cristo alegre no se lo

ejecuta, por si existiera el Juicio Final. Luego ganan la Corredera. Ven San Francisco en la distancia y cuando entran en el templo queda un hueco en el altar, la ausencia de una Virgen desaparecida, escondida en las entrañas de una ciudad que no ha olvidado el dolor. Su imagen perdura en el reflejo de una madre que siempre está a punto de volver.

14 de agosto de 1936.

El día que Lorca ardió. El día en el que solo permaneció el instante más luminoso de una vida. El brillo del hilo. La seda de la vida entre los escombros de una ciudad muerta.

La niña ha muerto. Los dioses de Lorca arden. Y queda un reflejo resistiendo a la muerte y al fuego. El bordado se ha convertido en un espejo. Ha detenido el tiempo. La Dolorosa está y no está. Es efímera y permanece. Es la cicatriz del siglo. La sanación de la memoria. *El Reflejo* que ideó Cayuela grita aún por aquella tarde de agosto de 1936. Todos los días que procesiona reúne el espanto de esas horas. Y devuelve el brillo de aquellos años con la esperanza del encuentro.

Cuando todo se acaba y se cierran las puertas de San Francisco, se cumple el mandato de un Dios que ha decidido morir en la cruz. Una madre acepta el calvario de su hijo. En la intimidad de una iglesia abarrotada, un padre

mira el rostro de esa virgen perdida, y ve la dulzura de su hija, a pesar de los años, a pesar de la distancia. A pesar de la muerte. Y cada templo recupera el pulso y cada susurro de devoción apaga el grito de dolor del pasado. Y Capuz significa un tiempo nuevo, y Sánchez Lozano restituye la dignidad de una mirada al cielo. Y el Cristo del Barrio vuelve a sangrar y el Carmen se llena de Perdón por un Nazareno que camina hacia la cruz. Y la Soledad escucha el silencio del sábado por la calle Cava. Y el Palero, con su puño en alto, aparece un domingo soleado para contarnos que la vida se abre camino, que Él ha resucitado y ha sobrevivido a aquella tarde del 36. El único. Que toda la Semana Santa está llena de devociones minúsculas, de plegarias extintas con las que nuestros mayores vieron arder su mundo. Que el consuelo es una mirada. Una confidencia.

Una niña muerta, que espera a su padre.

Una tarde de agosto del 36, que vuelve a arder.

Una imagen que vive siempre en el reflejo del tiempo, venciendo a la muerte.

**Y estando en agonía, oraba más intensamente;
y era su sudor como grandes gotas de sangre
que caían hasta la tierra**

Lucas 22, 44.

La duda es el crepúsculo,
la sangre sin corona,
la espalda flagelada
antes de los azotes.
La duda es una cruz
que sigue siendo árbol.
Un Dios que quiere ser
por última vez hombre.

Y el hombre se arrodilla
y toca con sus manos
la traición de la noche.
Se extiende una promesa
de olivos en el cielo.
La historia paraliza sus caballos.
Un silencio de noche sentenciada
susurra el nombre de Getsemaní.
¿Acaso mi dolor salvará el mundo?
Todo es palabra escrita
revelada delante de sus ojos:
los amigos dormidos bajo el árbol,
los pasos militares,

La tarde

el beso convertido
en la mayor traición.
El discípulo empuña
la lengua de la espada
y bajo el casco corta
la oreja de un sayón.
El grito de clemencia.
El teatro del mundo
bajo un cielo morado.
Un niño corre a la ciudad, desnudo,
y proclama que el hombre
acepta su destino.
Del monte baja Dios
con heridas futuras,
sangrando del costado
del amanecer próximo,
con los pies y las palmas
inquietos por el beso de los clavos,
con la cabeza ansiosa
de coronas de espinas.
Ahí va Dios, camino del Calvario,
la sangre enamorada de destino,
mientras nosotros nos quedamos solos
con la duda morada del crepúsculo.

¿Cómo representar una duda? ¿Cómo convertir en sedas el sufrimiento de un hombre que está a punto de aceptar su muerte? ¿De qué color se manifiesta el cielo cuando lo mira un Dios tan humilde que insiste en su tarea de morir como el último de los mortales?

El color. El cielo a punto de estallar porque el sol ha desaparecido tras los cristales del día. Un hombre sale a la azotea. Desde hace semanas solamente contempla ese cuadro. Lo tiene fijo en los ojos. Es Jesús en el Getsemaní. Lo ha visto en una estampa que corre de mano en mano. *Cristo orando en el Huerto de los Olivos*. Heinrich Hofmann. Iglesia de Riverside. Nueva York. ¿Qué cielo habrá en Nueva York un Jueves Santo, tan lejos de Lorca, de la Pasión, tan lejos de Cristo?

Es y no es. Es Dios, lo sabe, pero no es el cielo. Y del cielo depende todo. Ahí están las dudas, la salvación. Necesita una tonalidad diferente. Necesita que el cielo hable para que se calle la Humanidad. Cristo sube al Getsemaní cargado de dudas, asfixiado por el peso de la responsabilidad, y ese cielo conversa con el hombre, con el sufrimiento, con la trascendencia de quien sabe que el único camino para la salvación es su sangre. Es el cordero místico, el cuerpo que lacerarán los soldados del Sanedrín. Su pelo servirá de paño para los insultos. Su rostro, de hogar del odio. ¿Qué cielo puede sostener una duda así?

Está a punto de anochecer en la azotea. Y lo ve. No con los ojos, sino con el alma. Lo siente. Siente el cielo de su ciudad como nunca antes lo había hecho. Siente toda la historia de la Pasión en un color que sublima el dolor y lo

La tarde

transforma en belleza. Todos los atardeceres del mundo están en esta tarde de Lorca. Morada, como de lágrimas mezcladas con sangre, como de pecho de madre herida por la ausencia de su hijo. Un artista mira el cielo y descubre que la verdad no está en las flores que bordean la escena. Y sabe que Cristo no observa el paño ni aspira el aroma de las sedas convertidas en rosas, azucenas y flores de la Pasión. Cristo mira a la tarde. La tarde de Lorca, morada y agónica, dispuesta al sacrificio. Es entonces cuando acepta su destino. Dios debe morir y Emilio Felices reflejarlo en el bastidor.

Mirar la vida en el espejo de la pasión. Jesús sube al Getsemaní y yo contemplo la escena a su lado. Estamos solos. Sus dudas son las mías. Sus debilidades solamente empequeñecen mis fortalezas. La historia detiene su marcha en el momento del atardecer. Tengo miedo del Jesús que duda sobre el cielo morado. Me aterroriza que un Dios lllore lágrimas de sangre y derrame sobre la tierra sus temores.

En el Getsemaní, el ser humano entra en disputa. Desde mis dudas, mi corazón se hincha y me falta la respiración. Entonces guardo silencio y contemplo toda la escena cada noche. Y soy ese niño desnudo que describe Marcos bajando a la ciudad para anunciar que Jesús ha sido preso, que proclama que la muerte está en marcha, que acompaña las dudas de todo un

La tarde

Dios. Soy ese niño desnudo que engrandece el Evangelio, que le dice a los lorquinos que la tarde se ha hecho dolor, agua de sol moribunda, que el diablo *tienta con sus frescos racimos* y la serpiente reptar por la tierra seca. Este niño que hoy les habla confiesa que ha visto la tarde de las tardes, y que el cielo era morado, y era Lorca, y un hombre sufría, ya un Dios doliente, y que el color ha ardido al contacto con la seda, y las lágrimas de esa duda se han convertido en flores.

Felices sale a la azotea. Sí. Contempla la tarde cayendo por la Peñarubia. Es el Getsemaní. Cristo acepta la muerte. Cruza los dedos. Sobre el cielo se abre una luz misteriosa que dice: ya es Viernes Santo en Lorca.

Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba a abajo

Marcos 15, 38.

La cúpula. La torre.
Lo primero es el ruido,
canto de piedra previo
a la gran sacudida.
Luego el temblor de profecía rota.
A la muerte de Dios,
el velo que rodea
el templo rasgará en dos su piel.
Pero en aquella tarde
Dios no había subido al monte Gólgota.

La cúpula. La torre.
Recuerdo gente triste caminando
sobre el polvo sin huellas.
La vírgenes ocultas bajo un lienzo
en mitad de una plaza.
Los Cristos desolados,
extrañando el Calvario,
entre ruinas y gritos.
Fue la segunda destrucción del Templo.
La segunda diáspora lorquina.

La cúpula. La torre.
La cúpula giró sobre su historia.
Temblaron el Rosario,

La lluvia

los santos dominicos y los ángeles.
Se estremeció la flota
en el mar de Lepanto,
las aguas que reciben
las primeras miradas de los fieles
cuando miran a la Amargura.
Fue la herida de mayo.
Por donde se deshacen
las venas de los siglos.

La cúpula. La torre.
La cicatriz de San Francisco espera
que la memoria salve
la piel de aquellos días.
La voz de un tiempo viejo
a ritmo de campanas.
Y entre el polvo, el cansado
sol que tan solo brilla en nuestra infancia.

La cúpula. La torre.
Salomón sin su templo.
Mayo de tierra abierta,
arlequín de septiembre.
Sin muerte. Sin resurrección posible.

Desde Almendricos dicen que ya no llueve, que la tarde se prepara para que muera Cristo. Que guarden los paraguas, que saquen las lanzas y los clavos de los armarios, que a María hay que avisarla, que se prepare para llorar, que ya está aquí su hijo, que la espada que le anunció el anciano Simeón está buscando su pecho de adolescente.

Mujer y madre, nunca dejaste de ser joven y este dolor que estás a punto de abrazar te hará vivir para siempre.

Que las mujeres ofrezcan los paños para limpiarle el sudor, que el populacho busque las piedras en las faldas del castillo para lanzárselas, que llamen a los demonios para cuando se haga de noche, que en Lorca hoy no va a llover, que habrá procesión, que los niños cojan la mano de sus abuelos, por si es la última vez que la tocan en Viernes Santo.

Abuelo, casi no recuerdo tus manos, lo que daría por tocarlas de nuevo.

Que escampa, que los faroles encienden en los callejones una promesa de palio, que los caballos se agitan en la arena, que los palcos recobran el latido del corazón, que la ausencia se ha hecho primavera, que está a punto de volver a morir Jesús en la cruz, porque no llueve, porque en Lorca nunca llueve.

Y cuando llueve, qué pesar en la mirada, qué color de salmodia lleva el cielo. Los adoquines mojados, dejando huellas de armaos tristes, de imperio derrumbándose, de caballos derretidos en el albero. La Avenida con los paraguas abiertos. No hay imagen más dolorosa que un paraguas abierto en la Corredera a las cinco de la tarde, en Viernes Santo. A Cristo no le llovió ni un

día en su vida. María no supo lo que era mirar al cielo salvo para preguntar por su hijo muerto. El templo de Nerón como una cascada de agua, sobre un mármol que esta noche no verá caer las habas. La Saba cubierta de plásticos porque este año la reina no dormirá junto a Salomón. Que no se mojen las flores de las Vírgenes. Que no se moje la seda, que la lluvia puede vencer un año, pero no olvidar el legado de un pueblo.

Válgame, qué oscuro está el cielo, verás como a María este año no le maten al hijo. ¿Qué vamos a hacer en Lorca sin muerte y sin Resurrección?

Fuego. Tierra. Agua.

Y el último jinete del Apocalipsis: aire.

Fueron las Semanas Santas que nos quedamos en casa. Esta vez el pueblo no esperó en los templos a que se dictara la noticia del suspenso. Los lorquinos supimos de antemano que Jesús no iría al Getsemaní durante dos años, que no se cortarían cedros del Líbano para su cruz y que María no bordaría el sudario para amortajar el cuerpo de su hijo. Años extraños, de pañuelos y mascarillas, de gritos ahogados en la pantalla de un móvil, de melancolía derrochada en televisión. Alberos pisados en el pasado. Caballos jóvenes de otras décadas. Cleopatras y Santas Elenas adolescentes que ahora son madres y sueñan con ver a sus hijas encarnar de nuevo la historia.

Reflexionamos en esa ausencia y volvimos a los años perdidos. Y desvelamos el misterio de nuestra Semana Santa. Los lorquinos transitamos una delicada franja entre la histeria y la emoción. Llevamos a Dionisio al Calvario sin herejía. Le pedimos a Pilato que condene a Cristo de nuevo, cada año, puntual. Le llenamos la pila de agua en la Torre Antonia. Aclamamos a Barrabás sin convicción, solo por el hecho de ejecutar lo escrito. Le susurramos a Longinos que no le haga daño a nuestro Dios, pero que clave la lanza en el costado. Le imploramos al Sanedrín que escupa a ese galileo soñador, pero cerramos los ojos ante su dolor. Exigimos que se cumpla la historia, para no quedarnos sin Semana Santa, porque no somos nada sin ese Calvario y sin la mirada triste de una madre.

En Lorca veneramos la muerte. Y antes de que llegue la Resurrección -domingo soleado-, ya echamos de menos el día en el que todos vimos morir a Dios.

**Lo que somos a distancia y palabra escrita,
lo seremos también en presencia y en voz**

Segunda Epístola a los Corintios 10, 11.

Calle Delgado, esquina con Trajano.

En su espalda se esconden
los dolores del mundo,
la sangre de la historia,
la tarde agonizando de susurros.

Manos atadas, cañas
en el momento cruel de los azotes.

Romanos que se burlan
del mandato del cielo.

Ese niño que fui
contempla al rey herido
y el tiempo se detiene en la tragedia
de un jueves que anochece.

La distancia se clava en el recuerdo.
¿Por qué los ojos de este Cristo lloran
como lloraban mis mayores?

Rosas muertas sirviendo
de corona a un monarca
a punto de morir.

Calle Delgado, esquina con Trajano.

No conozco Sevilla
y vuelvo a ser el niño
que contempla la espalda

La distancia

de sangre mineral,
que desciende la cuesta
de San Francisco mientras
se cumple la sentencia de Pilatos.
Un Cristo coronado
que no anda sobre el mar
sino sobre los hombres.

Calle Delgado, esquina con Trajano.
Lorca es volver a ser
ese niño que mira
asombrado la espalda más hermosa
en la tarde más triste.
La calle Betis huele
a corona de espinas,
a nostalgia de un Dios que se hace humano,
a lágrima que quiere descifrar
el misterio del tiempo.
Rosas muertas clavadas en el rostro
de un hijo que desfila
cada jueves camino del Calvario.
Entre las rosas vivas y las muertas
la distancia aparece.
Soy un niño que mira
la herida de los hombres
en la espalda de Dios.

Calle Delgado, esquina con Trajano. Y en San Lorenzo ya arde el incienso que será mañana palio, y cera sobre los adoquines, y ruán negro y vela color tiniebla. Y en San Francisco, a las doce en punto, se hace el silencio, y Lorca estalla de orígenes y emoción con la salida de la Dolorosa.

Calle Delgado, esquina con Trajano. Se han apagado las luces en la calle Nogalte. La noche se pone íntima. La oscuridad convoca a los ausentes. Muertos de todas las edades, sin nombres pero con apellidos. Las raíces de nuestra fe, los labios de nuestra melancolía. Se abre la puerta de la iglesia. Aparece una luz lejana. ¿Pero qué hace toda esta gente caminando hacia la calle Sierpes? ¿Acaso ignoran que ya es el día de la Virgen de todos los azules? ¿Quién soporta esta distancia, quién reniega del dolor de una madre que ya sabe que van a matar a su hijo?

Calle Delgado, esquina con Trajano. El azahar trae aromas viejos a la calle Feria. Esta mañana suena el timbre y la clase guarda un regusto de despedidas y notas. Y en la megafonía suena una marcha. *Virgen del Valle*. Y los alumnos se emocionan, y ya han sacado sus túnicas de nazareno. Y me enseñan en *El Llamador* los días frenéticos, los encuentros con las Vírgenes, las esperas a los Cristos bajo la noche. Y miro el reloj y me impaciento, porque en San Francisco ya han encendido las velas y los violines tocan una melodía familiar y Marisé entona: “ay quien pudiera decirte unos piropos frente a la reja...”.

Calle Delgado, esquina con Trajano. La Virgen ya ha salido del templo. La cuesta de San Francisco es un mar de soledades azules. La multitud camina

con ella. La tarde se hace presencia en un rostro de dolor, que contiene, sin embargo, la esperanza de un tiempo recobrado.

Me asomo a la ventana. En Sevilla faltan dos días para el Domingo de Ramos. El aire huele a incienso. Y yo soy un muerto que respira desde la noche anterior.

Calle Delgado, esquina con Trajano. A las tres de la mañana pasa por aquí la Macarena con sus cinco mil nazarenos. Y en ese momento, los faroles del silencio ya se han acostado en San Cristóbal. Y en el Calvario suben de nuevo los rezares y se escucha: “Bronce soy si no me muevo / en este paso a llorar, / pues queréis, buen Dios, pagar / los pecados que yo debo”. Sevilla toma el testigo del Calvario. A Jesús lo están azotando en la calle Cuna. El camino de la catedral se llena de nardos. La ciudad contiene la respiración cuando la Esperanza de Triana gana el Altozano y Lorca se va a dormir, porque mañana es su día grande, y Jesús alarga su agonía un poco más, para que los lorquinos lo acompañen.

Calle Delgado, esquina con Trajano. Recuerdo el temblor de pies al paso de las cuadrigas, las manos curtidas de los caballistas, el rocío de las flores derramándose por el trono. Cera, agua de una plegaria. En Sevilla, el Gran Poder ya hace horas que descansa en San Lorenzo. Es el rostro de Dios, dicen

los que no pueden dejar de mirarlo. La Macarena regresa por la calle Parras. Verde esperanza. Verde mañana de Viernes Santo, que en Lorca amanece con la esperanza de un encuentro, no con la despedida de un adiós.

Calle Delgado, esquina con Trajano. El tiempo no transcurre igual lejos de Lorca. El Cachorro ha llegado a Sevilla desde la calle Castilla. Está a punto de morir y, mientras muere, la Virgen de la Amargura sale de Santo Domingo. Y hay dos luces en la noche. Se cruzan, se miran. La Virgen de los Dolores, rebosante de flores, espera en el Huerto Ruano. Lorca mantiene el aliento ante su hora final.

Calle Delgado, esquina con Trajano. La distancia es una herida abierta. Una proyección de ausencias que no cura el tiempo. Que se hace más grande. Que duele. Que una semana al año no me deja vivir.

**Yo estaré contigo, y no te abandonaré hasta cumplir lo que te he
prometido. Te cuidaré por dondequiera que vayas,
y te haré volver a esta tierra**

Génesis 31, 3.

Antes de convertirme en esa ausencia
yo quisiera volver.
Volver al lugar donde
el tiempo se detiene,
donde las velas arden.
Volver al huerto en el que ser azul
es una forma de melancolía,
un amor en la piel
caliente de una madre,
la sombra de los muertos
en el instante previo a caminar.

Antes de ser olvido,
sueño con una calle,
con la imagen de un palio
que asoma entre la niebla de las velas.
A veces sueño, sí,
con las manos que hicieron
de la seda un país para habitar,
una cruz liberada,
la patria del primer atardecer.
Y sueño con las puertas de la iglesia

El encuentro

anunciando un adiós,
porque el sueño se acaba,
y la Virgen emprende
el camino al altar,
y los hombres retoman sus tristezas
y la Pasión se aleja de sus vidas,
y son cuatro cinco horas,
Sevilla al otro lado,
clases, libros, café
en la plaza de San Lorenzo...
y el calendario cumple su misterio.

Vuelve el hombre a soñar
con el niño que fue.
Vuelve el niño a soñar
que todos están vivos,
que la distancia empapa como el agua,
que Lorca vive siempre
en la niñez de Cristo,
en el silencio breve de un encuentro.
Vuelvo al cristal herido,
a la historia contada en terciopelo,
a punto de tomar la vida
en el preciso instante de la cruz.

Volver.

Volver a Floridablanca. Cuando el tiempo se detiene y Lorca se queda en la ladera del Gólgota y siempre es de noche. Al encuentro anhelado entre dos madres, dos maneras diferentes de ser lorquino. La cima de nuestra Pasión.

Volver es hablaros al corazón. Es dirigirme a los presidentes del Paso Azul y del Paso Blanco, y llevaros esta noche también a Floridablanca. Y seguir junto a vosotros la espera tensa, la distancia que se acorta entre las dos vírgenes, y sentir que Lorca se funde en un abrazo por dos caminos de fe que se cruzan justo antes de despedirse.

Y quisiera rogaros que detengáis el tiempo en este encuentro. Que os elevéis por encima de las voces y la tensión y apostéis por el lenguaje de la belleza y la elegancia. Os pido que paréis vuestros reloj, que permitáis, con respeto y admiración, que miles de azules veamos a la Virgen de la Amargura despidiéndose de la carrera, que miles de blancos contemplen a la Virgen de los Dolores en su serena espera hacia el templo de San Francisco. Y que toda Lorca vea un rostro extasiado de dolor por la muerte de un hijo, que es la muerte del ser humano, porque todo azul guarda en su memoria un blanco que ya no está, porque todo blanco se acuerda con nostalgia de un azul que fue. Y ahí viven para siempre. En el rostro de la Amargura. En el de la Dolorosa.

Porque somos la suma de muchas ausencias.

Porque somos todos hijos de una madre que acude, Viernes Santo en Lorca, a nuestro encuentro.

Volver a la seda, al punto corto, al matizado, al oficio de un artista que piensa en su cabeza el mundo y lo derrama sobre un bastidor.

Volver al encuentro del color con su refugio, a la greca que no solo adorna el terciopelo, sino que sirve de frontera para el arte.

Volver al taller, a las bordadoras, y saber que son la esencia de nuestra Semana Santa, que sin ellas no hay Escrituras, ni cruz, ni Gólgota, ni Getsemaní. Que son sus manos las que hacen posible la mitología más hermosa. Que es su paciencia secular la que forja el misterio de nuestros días.

Sabed, lorquinos, que no somos nada sin la seda, que el camino que va desde la creación hasta el Apocalipsis lo contamos en hilo. Que los pueblos inventaron las palabras para permanecer en la historia y nosotros recurrimos al bastidor, al raso y al agua del terciopelo. Sabed, lorquinos, que el alfa y el omega de nuestra vida es el bordado, que nada queda ya de aquellas caballerías de principios de siglo XX, que el polvo de las cuadrigas se disipa muy pronto, que los años confunden la memoria y las procesiones. Que todo es vanidad, los templos romanos, los palacios babilónicos, las bigas, trigas, quintigas, sigas y demás artilugios percederos. Que lo único que permanece es lo que bordamos, la cara de una virgen desaparecida, la tarde agónica de un Cristo dubitativo. Es San Pedro anunciando desde lejos que viene la Amargura por la Avenida. Es la Virgen de los Dolores presente desde el primer atisbo azul en el estandarte *Guion*.

Seda. Vida. Bordemos con la responsabilidad no de pasar a la historia, sino de estar a la altura de ella. Bordemos con la confianza de albergar un inmenso patrimonio y la tarea de mostrarlo al mundo. Con el precipicio de saber que Cayuela y Felices nos observan. Con el miedo de no ser Cayuela y Felices pero la misión de preservar su legado. Bordemos sabiendo que es nuestra forma de respirar, nuestra manera de mostrar la tristeza por la muerte de Dios, nuestra alegría por encontrarnos con una madre. Bordemos sabiendo que desde la primera hasta la última puntada estamos hablando un lenguaje de misterio y fe. Que el bordado sin religión carece de sentido. Que en Lorca, la seda es fe, o no es seda. Que no bordamos para París, ni para un museo, ni para un premio. Bordamos para la posteridad, para hablar con nuestros mayores, para acompañar la memoria de nuestros hijos. Para que cuando pase el tiempo las nuevas generaciones nos miren y sepan que el bordado contó una historia de amor. Una historia de esperanza.

Ya no es la vela que mi abuelo le daba a mi padre. Ya no es la vela que mi padre sostenía para mí. Es la luz que protejo para mi hijo, mientras arde la vida, y los que se fueron vuelven, y los que están se van. Porque la Semana Santa es un lento fluir humano. Un precipicio de ausencias.

Pero hoy no.

Esta noche no.

Esta noche, Lorca habla con su voz recobrada.

Y dice, y grita, y susurra...

Lorca susurra:

Yo soy el tiempo.

*Leído en Lorca, en la antigua Colegiata de San Patricio,
el viernes 13 de marzo de 2026,
festividad de San Leandro
y de Santa Cristina.*



PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE LORCA 2026
PEPE PÉREZ-MUELAS ALCÁZAR